trase. Creo que estos mercaderes están esperando en Fuenterrabia, pero no me han dado aviso de su venida; y lo que hemos acordado el Tesorero é yo es que despachados estos mensageros y el mercader de los 50.000 escudos, él tomará la moneda é irá con ella á su casa, que es en Alava; y allí la dexará á recaudo y se irá á verse primero con los mercaderes en Fuenterrabia; y sobrevisto y concertado con ellos lo que se debe hacer, hará llevar el dinero sin mucho ruido ni publicacion.

Por la copia:

A. Rodríguez Villa.

II.

LA ACCIÓN DEL BRUCH EN 1808.

I.

Cumpliendo gustoso el mandato del Excmo. Sr. Director de esta Real Academia, voy á informar lo que se me ofrezca acerca de la obra titulada *Manresa al Bruch*, escrita en catalán por Don José Servitje y Guitart, beneficiado de la Sede de Manresa, y publicada en dicha ciudad el pasado año de 1903. Y lo haré con alguna prolijidad, así por lo atractivo del asunto para todo buen español, y más siendo militar, como por aludirse en ella á esta respetable Corporación, á nuestro insigne compañero el Excelentísimo Sr. Gómez de Arteche, al no menos distinguido académico el Rvdo. P. Fidel Fita, y hasta cierto punto tácitamente á mí mismo, que he dado cuenta en el «Memorial de Artillería» de la biografía de D. Antonio Frach y Estaleya (1) por D. Francisco Barado, y también por impugnarse en la obra en cuestión

(1) El ejemplar que tuvo la bondad de regalarme el autor está ilustrado con importantes notas marginales de su puño y letra, habiendo yo añadido otra muy substancial del repetidamente aludido en la biografía Sr. General Gómez de Arteche solo á mí dirigida.

otra de D. José Puiggarí, correspondiente nuestro que ha sido en Barcelona.

La obra sometida á mi examen es una «Vindicación de la principalidad de Manresa en la gloriosa jornada del Bruch el 6 de Junio de 1808, contra las cavilaciones del Sr. D. José Puiggarí, jefe del Archivo municipal de Barcelona», y ocupa XVIII-400 páginas en 4.° Las cavilaciones refutadas forman un folleto en 4.°, escrito en castellano é impreso en Igualada con el título «*La jornada del Bruch.* Vindicación de Igualada sobre su principalidad en la misma, por D. José Puiggarí, Abogado, Correspondiente de las Reales Academias de la Historia y de San Fernando, Individuo de Número de la de Buenas Letras de Barcelona, etc., etc.»

De dos maneras se puede entender la cláusula de «lo que se ofrezca y parezca», la una por lo tocante al libro en sí mismo, y la otra relativa al punto histórico que se dilucida; pero siendo muy difícil, si no imposible, separar ambos extremos, y tratándose de una de las primeras y más notables etapas de nuestra gloriosa lucha de la independencia nacional y de una emulación noble y patriótica entre dos ciudades á cual más digna de elogio y gratitud cívica, hablaré de todo un poco; no sin notar, en primer término, en cuanto á los efectos de propaganda ó divulgación, la desventaja del dialecto escogido por Servitje en competencia con el idioma castellano que emplea su contrincante, pues aquél será muy poco leído fuera de Cataluña, mientras éste se abrirá paso franco por toda España, y á España entera interesa lo del Bruch.

Aunque de muy atrás se venían discutiendo los pretendidos derechos de Manresa é Igualada en artículos, memorias, discursos, cartas, coplas y conversaciones, la disputa no se agrió ni tomó serias proporciones hasta que en Diciembre de 1884 el Ayuntamiento del Bruch, secundado por otros circunvecinos, acordó erigir en el lugar de los sucesos un monumento conmemorativo de las victorias allí alcanzadas contra las tropas napoleónicas en 1808, y á cuyo acuerdo el Concejo de Manresa no quiso adherirse, alegando, erróneamente, que tal monumento

había sido ya otorgado á esta ciudad por la Regencia del Reino en 1812.

Esta disidencia suscitó nueva y más cruda polémica periodística entre manresanos é igualadinos, que se agravó más todavía en 1891 con motivo de haber insistido Manresa en la realización de su propio y exclusivo monumento. Entonces fué cuando el Sr. Puiggarí decidió terciar formalmente «para extinguir la discordia y poner en su punto la verdad», publicando en *La Vanguardia* de Barcelona, desde Septiembre de 1891 á Noviembre de 1892, una serie de artículos que luego se convirtieron en el citado libro *La jornada del Bruch*, pretendiendo evidenciar que en el hecho de armas del Bruch, de 6 de Junio de 1808, correspondió la prioridad á los igualadinos por su mayor contingente en hombres y armas, por el mayor número de bajas sufridas, por el apresamiento de más importante botín y por haber ostentado la bandera de combate; no logrando convencer á los partidarios de Manresa, que persistían en la superior importancia de sus merecimientos en aquella memorable ocasión.

En este último sentido predicó un sermón el Sr. Servitje en la Seo de Manresa el 16 de Junio de 1901, durante la acostumbrada fiesta conmemorativa de la jornada del Bruch, que en lo referente á la prioridad fué combatido con vehemencia en *La Vanguardia* (1) por el Sr. Puiggarí, retando al predicador á discutir y demostrar sus aseveraciones. Aceptado inmediatamente el reto en carta dirigida á su contradictor, puso en seguida manos á la obra el Sr. Servitje en busca de documentos é informes justificativos, haciendo públicos los resultados de sus investigaciones en artículos que vieron la luz en el periódico *La Veritat* en los años de 1901 y 1902, de los que enviaba directamente ejemplares al retador, sin que éste rompiera su absoluto silencio hasta su fallecimiento ocurrido en Marzo de 1903. Con estos artículos, aumentados según sucesivos descubrimientos, se formó en 1903 el libro *Manresa al Bruch*, objeto primordial del presente trabajo.

---

(1) Número 6.494, Julio de 1901.

Para mejor formar juicio y restablecer la verdad contra las fantasías y fábulas, hipérboles, contradicciones y errores hasta de los mismos testigos presenciales, creo conveniente hacer una reseña de la jornada llamada impropiamente batalla del Bruch, fundada en datos fidedignos autorizados y de pública notoriedad, con lo que se comprobará una vez más el heroísmo de los catalanes de 1808 y la impericia de las tropas napoleónicas en aquella función de guerra (1).

II.

Los ánimos de los catalanes, como los de todos los españoles, se hallaban muy soliviantados desde los crueles fusilamientos de Madrid el Dos de Mayo de 1808, por la conducta más que sospechosa de los falsos aliados extranjeros. En esto, la mañana del 2 de Junio del mismo llegó á Manresa la dotación de papel resellado (2) que imponía el gobierno intruso; y el pueblo, alborotado, lo quemó en la calle, dando entusiastas vivas á Dios, patria y Rey, y furibundos mueras á los franceses. La justicia, clero y personas notables prestaron su asentimiento y secundaron la conducta popular recorriendo la población adornados con la escarapela nacional, calmando la efervescencia irreflexiva é inspirando serenidad para regularizar y fortalecer la acción común. El gobernador militar dió una proclama patriótica anunciando disposiciones belicosas, y la misma tarde quedó constituída una Junta de gobierno compuesta de las autoridades militares, civiles y eclesiásticas, de concejales, canónigos y superiores de los conventos, y de los vecinos principales de la ciudad. Esta Junta empezó á funcionar inmediatamente, adoptando medidas de defensa en previsión de los actos represivos y de ven-

---

(1) Aunque lo corriente es llamar invasión francesa á aquella incalificable tropelía, yo evito aquí achacar concretamente á Francia la empresa de Napoleón á que me refiero, en la que tomaron parte por lo menos tropas francesas, italianas y suizas.

(2) Este era el del sello ordinario del año con el aditamento «Valga por el gobierno del Lugarteniente del reino».

ganza que muy fundadamente se temían de las tropas enemigas por aquella abierta y formal rebelión, la primera de su género y alcance en el Principado.

La Junta no cesó un momento ya en sus preparativos marciales. Estableció talleres de fundición de balas, confección de cartuchos y reparación de armas que se requisaron en la localidad y se pidieron á otras partes; mandó tocar las campanas á rebato ó somatén, y pidió auxilio á todas las poblaciones del territorio próximas y lejanas; ordenó ejercicios devotos en los templos implorando la protección divina, y recurrió á cuanto reclamaba tan crítica situación, entre otras cosas á enviar agentes secretos á Barcelona para dar cuenta de todo al Capitán general Ezpeleta y para inquirir las intenciones y providencias del General en jefe de los invasores. Desempeñó satisfactoriamente esta delicada comisión el canónigo D. Ramón Montañá.

Aunque fructífera, fué muy laboriosa la misión de la Junta. Todo faltaba en un principio, menos la pólvora, que suministraban con relativa abundancia los seculares molinos allí existentes (1); pero el espíritu guerrero de aquellos habitantes y el instinto de conservación sugirieron ingeniosos recursos, lo mismo que más adelante había de suceder en Gerona y Zaragoza, como fué, después de agotado todo el plomo, incluso las pesas de los relojes de pared, convertir en proyectiles las varillas de hierro de las cortinas, cortándolas en trozos proporcionados y aguzando éstos por uno de sus extremos, especie de balas cilindro-ojivales, ideadas por D. Manuel Casaña, que causaron mucho daño y terror al enemigo, porque atravesaban las corazas de la caballería.

También imaginó la Junta un plan de campaña muy propio de las circunstancias, según acreditó el suceso. En ese plan, que contrasta con la ausencia del de los contrarios, entraba la previ-

(1) En ellos se fabricó por empresas particulares desde principios del siglo XVI hasta 1779, en que los adquirió la Real Hacienda. Según las Memorias del químico francés Proust, exprofesor de su especialidad en el Colegio de Artillería de Segovia, aquellos molinos eran los que mejor pólvora producían en Europa.

sión de guardar y defender, como lo hicieron, las tres avenidas que conducen á Manresa, á saber: la de Casa Massana, que era la más amenazada; la de Monistrol y la de Coll de David, que fué la confiada á la compañía de estudiantes de Vich, por lo que no pudieron compartir éstos de presente las glorias de la jornada.

Todas las poblaciones convocadas correspondieron rápida y cumplidamente al llamamiento, cada cual en la medida de sus facultades; pero merece consignarse, y se debe tener presente, que se recogieron del castillo de Cardona algunas armas de fuego, y que la villa de Sampedor envió más de 100 fusiles, de un depósito que allí había desde la guerra anterior. Todas las clases sociales también cooperaron como mejor pudieron al desenlace del conflicto, siendo muy de notar la participación activa del clero regular y secular, no solo con sus preces y actos religiosos y con su ayuda material en los trabajos preparatorios, sino por su presencia en las filas infundiendo valor á los combatientes y ejerciendo mandos militares. En este punto, aparte del vanamente discutido canónigo Montañá, bien sabido es que la compañía de seminaristas de Vich, nombrada de Santo Tomás de Aquino, tenía por capitán al canónigo D. Tomás Barrio; que el somatén de Sallent estaba mandado por el párroco D. Antonio Toll; que el vicario de Olesa fué quien ideó y dirigió la oportuna destrucción del puente de Abrera, etc., etc.

Mientras sucedían estas cosas, Duhesme, general en jefe del ejército imperial de Cataluña, con arreglo á los proyectos de Napoleón, disponía salieran de Barcelona dos fuertes columnas de tropa, la una á cargo del general Chabran, con dirección á Valencia, pasando por Tarragona, para darse la mano con el cuerpo de ejército de Moncey, destinado á apoderarse de la ciudad del Turia, y la otra al mando del general Schwartz, con rumbo á Zaragoza, pasando por Lérida, para coadyuvar á las operaciones del cuerpo de ejército de Lefebvre, presunto conquistador de la capital de Aragón.

Esta segunda columna, compuesta de 3.800 hombres de infantería y caballería con dos cañones de á 4, en vista, sin duda, de

lo ocurrido en Manresa y por la significación que á los sublevados y sus comarcanos podían dar los ya mencionados molinos de pólvora, recibió orden de rodear por dicha ciudad (1) para escarmentarlos, mediante una contribución de 750.000 francos y un simulacro de severísimo castigo á los sediciosos, á quienes luego se perdonaría pretextando la suma benignidad del Emperador. Igualmente llevaba el encargo de destruir los molinos de pólvora.

Verdaderamente aquellos ensoberbecidos extranjeros tenían una confianza soberana en sí mismos y un desconocimiento absoluto del carácter de los españoles. Lanzar semejante columna á lugares tan lejanos sin cubrir los puntos estratégicos ni asegurar la comunicación con Barcelona; efectuarlo á través de parajes tan escabrosos poblados de enemigos, ó, por lo menos, de descontentos, según debía constarles, y no adoptar ninguna de las precauciones de seguridad más elementales, fué empresa temeraria de que no podía esperarse nada bueno, como acreditaron los hechos; y dejarse derrotar vergonzosamente por enjambres de paisanos que solo contaban con una valentía indomable y decidida resolución de morir por la patria, fué percance inverosímil en tan experimentados guerreros. Yo creo que si alguien mereció los rigores de un consejo de guerra fué Schwartz en aquel trance, y que Duhesme era acreedor á la justa censura fulminada por Napoleón.

En la tarde del 4 de Junio partió de Barcelona la columna de Schwartz, llegando aquel mismo día una parte á Martorell y el resto al siguiente. Allí se detuvieron á causa de una lluvia torrencial hasta la mañana del 6, parada providencial para los somatenes, pues les permitió recibir avisos y acudir á sus puestos á tiempo, demostrando, de paso, las deficientes informaciones de los expedicionarios ó su menosprecio de la prontitud de movimientos en la guerra. De ocho á nueve de dicho día fatal permanecieron en Esparraguera, donde dejaron media docena de jine-

(1) Téngase presente cómo estaban trazadas las comunicaciones de entonces.

tes aislados para el servicio de correos con Barcelona, y después de haber pregonado bandos despóticos y sanguinarios desfilaron adelante, precedidos de una avanzada de caballería pesada, ó más bien pesadísima, por aquellos andurriales, pormenores de que estaban bien instruídos los patriotas catalanes.

En tanto el 5 se presentaron en el Bruch dos grupos de hombres destacados de Manresa é Igualada, aquél mandado por don Francisco Riera, y éste por D. Juan Llimona, los cuales, á pesar del furioso temporal que detuvo á los de Schwartz, se ocuparon, con ayuda de los campesinos de los alrededores, en obstruir las avenidas de sus respectivas ciudades, para embarazar el tránsito de la caballería y artillería enemigas. El primero cortó el camino, por bajo de Casa Massana, con una zanja de 25 pies de anchura y 17 ó 18 de profundidad, y el segundo amontonó en la carretera árboles y peñas desde Casa Solá de la Roca, á dos kilómetros del Bruch, hasta Casa Lluciá de las Parras; y también pusieron en el suelo unos «hierros triangulares», que no eran sino los llamados abrojos, disposiciones todas atribuídas á D. Manuel Casaña, el mismo de las balas de hierro de varillas. En la madrugada del 6 salió de Manresa el grueso de su contingente, con el canónigo Montañá á su cabeza, que se incorporó á la fuerza antedicha, uniéndoseles 22 paisanos armados del Bruch, y algunos otros de los pueblos inmediatos, guiados por D. Juan Colón, formando entre todos un conjunto de más de 300 hombres, bien poca cosa, numéricamente, en comparación de los 3.800 de todas armas aguerridos y bien pertrechados, á quienes aguardaban; pero ellos tenían fe ciega en la Virgen de Monserrat, que los contemplaba y protegía desde las vecinas cumbres, y confiaban en las determinaciones de la Junta de Manresa, á la que se debía el bien meditado plan seguido hasta la retirada del adversario, pues tan felices combinaciones no es lícito achacar á caprichos de la casualidad.

Es menester ahora tener presente la topografía del campo de acción (1). El célebre y temido paso del Bruch, que el cultivo y

(1) Conviene consultar los mapas contemporáneos.

las obras públicas han convertido en un paisaje ameno y pintoresco, era entonces un terreno agreste y fragoso lleno de asperezas, rocas, barrancos, matorrales y espesos pinares, tan favorable á los fines de los defensores como opuesto á los de los agresores. A cosa de kilómetro y medio del Bruch de Dalt (ó Bruch de arriba) y antes de la confluencia del camino de Manresa con la carretera de Igualada (que no ha cambiado de lugar, aunque sí de forma y condiciones), en donde está ahora la caseta de peones camineros llamada «de la Venta» hace dicha carretera una revuelta, formando el suelo una especie de anfiteatro, cuya parte de abajo carecía totalmente de acceso, y en la alta había un pinar impenetrable con macizos de roca viva por delante (pinar hoy muy claro y rocas arrancadas para grava de la vía), lo que constituía un estrecho desfiladero por donde, sin remedio, tenía que pasar la columna. En este pinar se ocultaron los somatenes para sorprender á sus adversarios.

Acercábase descuidado el enemigo, cuando, al pasar cerca de la casa de D. Emilio Pascual, pocos pasos distante del Bruch de abajo, recibió una descarga de ocho imprudentes paisanos (1) apostados en el sitio conocido por Pozo del Glaç. Entonces desplegó Schwartz el ala derecha de su tropa, que pasó el torrente contiguo, llegando al Bruch viejo ó «de la otra banda», y avanzó paralelamente á la columna hasta el Bruch de en medio (en cuyo recorrido atropellaron, saquearon y mataron á su gusto), y viendo que no se oponía resistencia se replegó al grueso en el paraje titulado «el juego de trucos», continuando todos carretera arriba, hasta la llanada «Pla de la Cova», donde hicieron alto para descansar y preparar los ranchos, allí, al borde de su perdición.

La susodicha avanzada de coraceros siguió su marcha, y á eso de las once de la mañana embocó en el desfiladero en que estaba prevenida la celada, sin llevar exploradores para evitar sorpresas, á pesar de la alarma del Pou del Glaç. Los somatenes, por

(1) Cuatro del Bruch, dos de Collbató y dos de Manresa, y éste fué el primer disparo contra los franceses.

más grave y se puede considerar decisiva de la jornada. Aunque los catalanes eran la tercera ó cuarta parte de los imperiales y no tenían organización, táctica, buen armamento ni nada de lo que sobraba á los otros, como estaban poseídos de entusiasmo y de la justicia de su causa y eran conocedores del terreno, salieron triunfantes, obligando al enemigo á emprender de nuevo el retroceso, esta vez en peores condiciones por su mayor quebranto moral y material y por lo avanzado de la hora.

Llevaban intento de fortificarse en Esparraguera, adonde arribaron á las diez de la noche, y allí defenderse en expectativa de auxilio de Barcelona; pero los vecinos (que habían dado muerte á los individuos del retén de caballería), conociendo las circunstancias de los imperiales, barrearon con maderos y cuantos objetos apropiados hubieron á la mano la calle única por donde éstos tenían que pasar, y parapetados en sus casas los abrumaron y causaron muchísimo daño con toda suerte de objetos arrojadizos que habían acopiado. Además inutilizaron, como ya he indicado, los pies derechos del puente de vigas que había sobre el Abrera, á la salida del pueblo; y no habiéndolo reconocido los fugitivos por el aturdimiento, por la premura ó por la obscuridad, se hundió al pasar el segundo cañón, cayendo éste al río con algunos carros de municiones, que abandonaron, volando los últimos.

Los somatenes acechaban á la columna á la extremidad de la población y continuaron acompañándola en iguales términos, en cuanto lo permitía la obscuridad de la noche, hasta Martorell, donde llegaron hacia las cuatro de la madrugada del 7. Aquí los habitantes, que la tarde antes habían interceptado y maltrecho un destacamento que con varios carros seguía las huellas de la columna, temerosos de represalias abandonaron el pueblo ó se encerraron en sus casas sin hacer resistencia, y el enemigo pasó de largo. El destrozo de éste habría sido casi completo si el vecindario se hubiera conducido como el de Esparraguera y si se hubiera cortado el puente de madera que á la salida había sobre el Noya. En San Feliú procuraron reponerse un poco los flamantes napoleónicos, y á la caída de aquella misma tarde empe-

zaron á entrar en Barcelona, en el miserable estado consiguiente á la catástrofe; y este es el principio del fin de la triunfal y avasalladora carrera del invencible Bonaparte.

Las pérdidas de los aventureros, según los cálculos más probables y admitidos, ascendieron á cerca de 400 muertos, entre ellos más de 60 de caballería, y multitud de heridos: en Barcelona parece que los médicos curaron 400 de las pedradas y contusiones de Esparraguera. Los catalanes tuvieron 13 ó 14 muertos y unos cuantos heridos, de los que correspondieron cinco á Igualada y ninguno á Manresa; y se concibe, pues se batieron generalmente diseminados y resguardados, mientras los otros lo verificaron en masa, á cuerpo descubierto y la mayor parte del tiempo en retirada, presentando la espalda y el costado á sus adversarios: aquéllos se manejaban con serenidad, como tirando al blanco, y éstos con la zozobra y temor natural de quien se considera perdido.

Dice el general Gómez de Arteche: «Tan decisiva fué la victoria del Bruch, que no solo retardó la ejecución de las operaciones ideadas para ayudar á Lefebvre y á Moncey en sus empresas contra Zaragoza y Valencia, sino que, levantado el espíritu de todo el Principado, produjo la nueva derrota de Chabran y Schwartz, en los mismos lugares del Bruch, la resistencia dos veces feliz de los gerundenses y la retirada general del cuerpo de ejército de los Pirineos orientales al recinto de la plaza de Barcelona». Tales eran los españoles de entonces: todos verdaderos católicos, patriotas y realistas incondicionalmente y sin divergencias. ¿Obrarían lo mismo los de ahora, influídos por sus contradictorios ideales, intereses y procedimientos?

III.

He juzgado indispensable el conocimiento de los hechos para el análisis y comparación de los libros, y ahora voy á proceder á esto empezando por el que ha dado origen y nacimiento al de mi cometido.

Puiggarí se anuncia en su obra francamente conciliador. Dice

que lo del Bruch «no puede negarse fué un suceso colectivo, de glorificación común, no proporcionado al trabajo de cada uno según sus fuerzas, sino en absoluto, porque el espíritu de decisión y el esfuerzo eran, y no podían menos de ser, iguales, sin que pueda atribuirse la gloria de aquel día á cualquiera de los somatenes que tomaron parte»; pero luego el libro entero se ocupa en analizar y condenar la pretensión de exclusivismo de Manresa, porque tiende á ofuscar el mérito de los demás, siendo así, según él, que no fué la iniciadora del movimiento, ni la principal instigadora del combate, ni la que á él aportó mayores elementos, ni la única ó siquiera la mayor en servicios para asegurar el triunfo. Todo esto le pertenece á Igualada, á la que, á pesar de lo dicho, sí reconoce privilegio de exclusivismo.

Y aunque concede que aquel drama comenzó en Manresa con la quema del papel sellado, sostiene que el movimiento insurreccional se anticipó en Lérida, en el mismo Igualada y en otras partes; y que á haber llegado los actos de rebeldía de estas poblaciones á noticia de Duhesme y humilládose á éste los notables de ellas, como los de Manresa, las habrían alcanzado igualmente los rigores, sin que el haber juzgado más culpable á esta última implique «una primacía legítima y honrosa».

En cuanto á Juntas de defensa dice que no se sabe, ni importa, dónde se constituyó la primera.

Asegura que Montañá era afrancesado y fué quien denunció á Duhesme las demasías é intenciones de los manresanos; que este canónigo no se halló en la jornada del Bruch (ni ningún otro clérigo tampoco), habiendo sido D. Mariano Carrió el jefe de los de esta ciudad; que la misma no aprontó arriba de 50 ó 60 hombres (y, según algunos, solamente 17 con una pañolada de cartuchos); que no tuvo bajas por tan escaso número de combatientes y corta participación en la lucha; que no asistió á la persecución del enemigo, y que si bien no hubo caudillo superior á quien los demás obedeciesen, Franch era el único de condiciones para jefe. Finalmente, trata con dureza y rebaja á Manresa aun en cosas ajenas á la cuestión (atribuyéndole todas las paparruchas propaladas en diversos tiempos y lugares acerca

de estos acontecimientos), mientras ensalza y pondera á Igualada, aunque no venga á cuento.

Añade que los de esta ciudad enarbolaron la bandera del combate (dando generalidad á la que llevaban suya propia y nada más), que cogieron 30 caballos útiles que luego enviaron á Lérida (lo cual le hace suponer que ellos solos batieron á un escuadrón formal), que se apoderaron de un cañón combatiendo (á propósito de lo cual cita descabelladamente una frase del general almirante), y por lo tanto que en contingente, armas, etc., nadie pudo ostentar timbres mayores.

El alegato del Sr. Puiggarí se apoya principalmente en la Memoria de D. Zoilo Gibert, Relación de D. Mariano Carrió é información testificativa de 1810 en favor de D. Antonio Franch, y varios otros libros y papeles, y aunque no los tenga por dignos de crédito se ampara de las especies que le convienen. A falta de datos recurre á interpretaciones, supuestos y conjeturas, tergiversa á veces las fechas, involucra en ciertos casos los sucesos y no deja de echar algunas cosas á barato.

Moteja á los que piensan de otro modo, y así acontece con D. José Gómez de Arteche, de quien no quiere sufrir la contradicción, rechazando sus opiniones, acusándole de historiador mal informado y parcial, de sentar premisas erróneas y deducir conclusiones injustas y ofensivas, de emplear una argumentación que no corresponde á la rectitud de juicio que debe esperarse de un historiador formal y académico, de ser deliberadamente aficionado á los de Manresa é inconsecuente en sus afirmaciones y de aludir á la bandera de Igualada como haciendo ludibrio de la fe de «nuestros» mayores.

Por lo demás, denota enorme investigación y constancia infatigable en sus propósitos, y posee un lenguaje fácil, persuasivo y vehemente, haciendo esta declaración: «Catalanista sobre todo, sin compromiso que nos ligue, por igual apreciamos á manresanos é igualadinos, en razón á ser hermanos nuestros, hijos de un mismo suelo y que hablan una misma lengua», etc., etc.

Servitjes, en estilo más llano pero con argumentación más sólida, crítica más profunda y erudición más dilatada, saca á luz

nuevos textos, escudriña y aquilata los expuestos por Puiggarí, desvaneciendo falsos razonamientos, descubriendo contradicciones, esclareciendo dudas y rectificando conceptos.

Conviene, desde luego, en que el Municipio de Manresa no estaba en lo cierto al proclamar que el monumento concedido á esta ciudad por la Regencia en 1812 era por los sucesos del Bruch, y no por los méritos y sufrimientos peculiares de la misma durante la guerra de la Independencia, y recuerda que el vecindario lo subsanó subscribiéndose al fin por mayor cantidad que ninguno de los otros, incluso Igualada.

Afirma y demuestra que Manresa fué la iniciadora, la que excitó á todos contra el enemigo común y la designada por éste para blanco de sus iras; que no fueron algunos ni solo el pueblo bajo quien se sublevó, sino Manresa entera con todas sus clases sociales, sin excluir las personas constituídas en autoridad; que Montañá no fué afrancesado y sí caudillo de las fuerzas manresanas reunidas y representante de la Junta de gobierno, nombrado luego por su comportamiento y habilidades jefe del campo fortificado en previsión del segundo ataque, y más tarde comandante general de los somatenes reunidos de los corregimientos de Manresa y Berga; que nada significa el título de héroe del Bruch, pues allí todos lo fueron sin sobresalir ninguno señaladamente, y que Franch solo asistió desde la segunda parte. Presenta como voto de calidad á D. José Gómez de Arteche; recuerda *La Santa Cueva de Manresa*, del Padre Fita, favorable á esta población. En cambio manifiesta que Gibert (archivero de Monistrol) desfigura y confunde los hechos, suprime algunos, ignora otros é incurre en muchas equivocaciones, como quien habla de oídas y por referencias, pues él no estuvo presente; y sigue y refuta á Puiggarí sin interrupción por espacio de los doce capítulos en que esta obra se divide.

A lo último toma en consideración la *Biografía de D. Antonio Franch*, leída por D. Francisco Barado en el acto de colocar el retrato de aquel personaje en la Galería de catalanes ilustres del Ayuntamiento de Barcelona, en Septiembre de 1902. Dice que este autor escribe imbuído en las ideas de Puiggarí, de buena fe

pero sin conocimiento de la vindicación del propio Servitje, que ya había salido á luz en *La Veritat.* Le hace cargos porque sienta que «donde no hay categorías militares todos son jefes y ninguno obedece», precisamente para sacar en consecuencia que Franch fué el caudillo principal, y le rectifica en varios parajes referentes á la jornada del Bruch. Este autor también contradice en diversos modos opiniones del general Gómez de Arteche, quien persiste en ellas y se propone, Dios mediante, poner las cosas en su lugar cuando llegue el Centenario (1).

Después de todo esto ha venido al estadio de la publicidad *Los combates del Bruch*, Memoria inserta en la «Revista de Infantería» de 1903 por el teniente de caballería D. Elíseo Sanz.

En este escrito se cita á varios autores, impugnando á Thiers como merece, á lo menos por lo que á España se refiere, y extraña cómo puede haber regimiento francés que lleve inscrito en sus banderas el nombre de Bruch. Se atiene á las doctrinas de Puiggarí, sin hablar palabra de Gómez de Arteche, tan pertinente en el asunto, ni de Barado, aunque participe de su modo de pensar, ni menos de Servitje, cuya Vindicación es de indispensable consulta en el asunto. A Manresa le asigna como papel principal el surtido de municiones, aceptando sin reparo la fábula de las 17 escopetas; y á Montañá apellida desenfadadamente afrancesado, traidor y mal español, todo esto y muchas cosas más después de haberse publicado la obra de Servitje.

También voy á mencionar siquiera *El tambor del Bruch*, informe leído á esta Real Academia por D. Celestino Pujol y Camps en sesión de 5 de Enero de 1891, contenido en el BOLETÍN de la misma Corporación, tomo XVIII, pág. 217, sobre el folleto de don Antonio Vila, titulado *Lo timbal del Bruch.* Este se ocupa en averiguaciones acerca de dicho instrumento y su tañedor, sin

(1) De este folleto dí yo cuenta sucintamente en el «Memorial de Artillería» (serie IV, tomo XIX, pág. 304, Marzo de 1903), en el que, sin entrar en pormenores, decía que el Sr. Barado había conseguido restablecer la verdad acerca de los méritos y servicios de Franch en la guerra de la Independencia, ateniéndome á los comprobantes citados por el autor y sin conocer á Servitje en lo relacionado concretamente al Bruch.

quitar ni poner nada en el pleito entre Manresa é Igualada; pero que los partidarios de la principalidad consabida de la última desaprueban se diese cuenta ante la Academia, lo que se hizo por vía de pláceme al autor del folleto y al médico de Manresa, D. Olegario Miró, por sus investigaciones y hallazgos. De éste también hacen caso omiso Barado y D. Elíseo Sanz.

Además de los autores nombrados se invoca en estos trabajos el testimonio de otros muchos, entre ellos, con más frecuencia, los siguientes, de algunos de los cuales se sacan razones en pro y en contra á la vez, según el modo de interpretarlos:

Angelón: «¡Atrás el extranjero!».

Balaguer: «Historia de Cataluña y de la Corona de Aragón».

Blanch: «Historia de la guerra de la Independencia en el antiguo Principado de Cataluña».

Bofarull: «Historia de Cataluña».

Cabanes: «Historia de las operaciones del ejército de Cataluña en la guerra de la usurpación ó de la independencia de España».

El P. Ferrer: «Diario de Barcelona cautiva».

Maldonado: «Historia política y militar de la guerra de la Independencia».

Mas: «Tratado de la guerra de la Independencia».

Mellado: «Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España».

Pérez: «Batallas que los catalanes han ganado á los franceses».

Sanz Martín: «Historia de nuestra guerra de la Independencia».

Conde de Toreno: «Historia del levantamiento, guerra y revolución de España».

De autores franceses, los más citados son Gouvion Saint Cyr «Journal des opérations de l'armée de Catalogne en 1808 y 1809», y Lafaille «Mémoires sur la campagne du corps d'armée des Pyrénées Orientales commandé par le général Duhesme en 1808».

Todo esto he creído conveniente tocar para dar por evacuado mi encargo, al que solo falta la conclusión. Cualesquiera que sean los apasionamientos, intransigencias y hasta extravíos de los obstinados escritores que he dado á conocer, lo cierto es que

han sacado á luz una porción crecida de documentos, noticias é indicaciones, y han abierto el camino á nuevos y curiosos hallazgos futuros preciosos para la historia de las glorias españolas, que no se deben dejar nunca de cantar. Lo que se deduce es que en el caso que se considera todos los pueblos y habitantes de aquella comarca merecieron bien de la patria, sin tenerse que echar nada en cara unos á otros, y todos fueron modelos de valor, abnegación y amor á la independencia, dignos de imitarse ahora, si se ofreciere, y en los siglos venideros; pero en mi humilde parecer, extraño á toda parcialidad é interés particular, y sin querer ofender á ninguno de los dos bandos militantes ni á las colectividades y personas que defienden, creo que si alguna principalidad ó predominio existe, pertenece á Manresa de hecho y de derecho, por el origen, preliminares y prosecución de los acontecimientos, sin que esto signifique en modo alguno que fuera la más valiente y determinada, y menos suponer que cualquiera de las otras poblaciones no hubiera estado dispuesta y sido capaz de hacer lo mismo, y aún más, á ser posible y necesario.

La Academia, no obstante, apreciará estas cosas con su habitual acierto, al que en un todo me someto.

Madrid, 19 de Febrero de 1904.

ADOLFO CARRASCO.

III.

NUEVAS INSCRIPCIONES ROMANAS EN LAS PROVINCIAS DE CÁDIZ, CÓRDOBA, CÁCERES Y ORENSE.

Cádiz.

D. Pedro Riaño de la Iglesia, director del Museo arqueológico de Cádiz, me ha notificado (1) que en el dia 5 del mes actual (2),

(1) Carta del 12 de Marzo de 1904.
(2) Sábado, 5 de Marzo.